

La crónica audaz de una rebelión femenina

"Señora de nadie", producción nacional, en colores, hablada en español, producida por GEA Cinematográfica y presentada por TransEuropa, en los cines Ambassador, Atlas Recoleta y Callao, Fotografía: Miguel Rodríguez, Música: Luis María Serra, Canción "Señora mía soy", de María Elena Walsh, Intérpretes: Luísa Brando, Julio Chávez, Rodolfo Ranni, China Zorrilla, Gabriela Acher, Susú Pecóforo, Guillermo Rico, Berugo Carámbola y G. Palmes, Libro, guión y dirección: María Luísa Bemberg. Duración: 90 minutos. Calificación: prohibida para menores de 18 años.

María Luísa Bemberg ha declarado que "Señora de nadie", su segundo largometraje, no es una película feminista. "Yo diría que es antimachista", se atajó en una entrevista reciente. María Luísa Bemberg no es una señora oculta detrás de miradas inquisidoras ni frunce el ceño en busca de alguna nueva moral feminista. Al contrario, es una mujer abierta a la realidad, temerosa de que sus productos cinematográficos no alcancen la pulcritud que sólo un temperamento muy femenino puede regalarles: simpática con todo el mundo y afectuosa con los personajes de sus ficciones, aquellos que nacen de su imaginación y los que dibuja con líneas extralargas de la realidad.

Igual que en "Momentos", su película anterior, el papel principal, aquí, corre por cuenta de una mujer, Leonor (Luísa Brando, una



Luísa Brando

actriz con signos de admiración), alguien que ha descubierto la deslealtad de su marido y decide, después de años de matrimonio, abandonarlo (dejándole los hijos a él) y abandonarse ella misma en un mundo que desconoce por haber sido hasta entonces la "señora de alguien". Ya no quiere que la lleve de la mano el hombre que le mostraba la porción del mundo que él quería. Y a la que ella se atreve, seguramente, aunque sus posibilidades fueran mayores, como lo va a demostrar su conducta después de tomar la misma decisión que el personaje mayor de Ibsen, con quien podría estar emparentado, si "Casa de muñecas" hubiera tenido un epílogo, como los textos de Bernard Shaw, o como les hubiera gustado a tantos puritanos superados por la vigencia de aquel maravilloso personaje ya clásico de la literatura doméstica del siglo pasado.

Leonor es como otra Nora. Una Nora de hoy, en Buenos Aires, ciudad identificable a cada paso en los lugares y personajes. En es-

te sentido, la realizadora ha conseguido, si no un resultado mejor al de "Momentos" sí un intimismo más abierto hacia una realidad que no es chocante sino simplemente, cotidiana. Bemberg vuelve a mostrarse una romántica empedernida al advertir la necesidad de que sus seres se expresen por el sentimiento antes que por la acción y por las dudas antes que por las certezas, buscando humanizarse en una gestión en la que son fundamentales las interpretaciones de los tres protagonistas —Brando, Julio Chávez y Rodolfo Ranni— y la poesía que irradian algunas situaciones como aquella en que Chávez le confiesa a Leonor que viviendo con él sabrá lo que es una compañía con "sólo oír el ruido de la llave al tocar la cerradura".

Es probable que el título de la primera película de María Luísa Bemberg defina su estilo narrativo, que se repite aquí: antes que una acción duradera, desplegada en situaciones que pueden abrirse y cerrarse, la directora prefiere una sintaxis de "momentos" acumulados en una sucesión donde alterna la expresión dramática con la comedia, aunque aún no haya alcanzado a establecer en sus guiones la necesidad del chiste, algo tan identificable entre lo porteño. No solo mostraría que la autora no es tan seria sino que ayudaría a distender algunas situaciones francamente tensas.

Después de mostrar cómo Leonor intenta una terapia de apoyo grupal (o algo así) mechada por el encuentro esporádico con sus niños y la definitiva y limpia amistad con un joven homosexual (Julio Chávez), no queda claro si la protagonista está buscando ser definitivamente libre o volver a ser la "señora de alguien". Quizá no importe demasiado si Bemberg se lo haya propuesto taxativamente. Interesa, por encima de todo, el grito de emancipación y el descubrimiento de que puede valerle por sí misma en diversos oficios y pruebas amorosas. Lo mismo le sucede a una directora de cine, en un oficio escaso de mujeres y que muchos creen solamente masculino.

Aparte de algunos diálogos algo mellados por poco frecuentes de la ya anodina falta de humor risueño y del estiramiento excesivo de algunas secuencias con las que

la directora debió sentirse regocijada (una fiesta; el reencuentro con el marido en una reiterada arquitectura playera), "Señora de nadie" va a quedar como uno de los intentos más audaces del cine local. Su anécdota está colmada de ternura, posee reconocible suavidad y cierto desparpajo sentimental en el que entra el tema del chico homosexual, enfocado sin aristas críticas ni marginadoras.

Luísa Brando merece nuestro aplauso por su mesurada entrega y su amoroso modo de abrazar al espectador con una mirada expresiva y de elocuente grandeza de actriz. Igual, China Zorrilla, con su habitual simpatía, Julio Chávez, en un papel muy difícil, sale a flote porque no recurre a la exageración ni pone distancias entre él y su trabajo; lo mismo Ranni, que, con destreza de actor salva al marido de la condición villanesca a que "casi" lo obliga el argumento. La canción de María Elena Walsh, en el epílogo, es bella por sí misma y acaso convenga escucharla con los ojos cerrados porque las imágenes que la acompañan, que merecieron tener los títulos, crean una incierta ambigüedad a una totalidad que ya estaba definida. Miguel Rodríguez —esto es una necesaria reiteración— sigue dando lecciones con su luz.

Y María Luísa Bemberg —una vez más ella— da muestras de saber hacer un filme de realizador: nada se le escapa y todo es producto de su cuidado detallismo, orientado tanto a los recursos técnicos como a los humanos y, por qué no, a los de su integración con los personajes, ya que al proponer un filme de participación lo abre a la polémica.